

SESENTA AÑOS DE LA PUBLICACIÓN DE *UN PUEBLO CUALQUIERA*, DE JOSÉ SIVERIO PÉREZ

«Este libro no es una autobiografía —ojalá pudiera serlo!—, ni un relato puramente imaginativo. Está hecho con retazos de vividas historias. Por eso digo que es como historia de muchas historias, vida de muchas vidas. El pueblo de estas páginas es un pueblo cualquiera. Y su cura, un cura cualquiera también. No soy yo solamente. Sino una mezcla extraña de distintas experiencias. Y el resultado es un hombre, casi niño todavía, que ama, sufre, goza, odia, ríe o llora; que siente, que vive. Los curas rurales no están contruidos de forma especial. Ni tienen madera de héroes legendarios. Son de barro y arcilla como todos los hombres. Con una misión estu-penda en medio de un pueblo cualquiera». Con esas hermosas palabras, el sacerdote José Siverio Pérez (Los Realejos, 1928) ofrece el marco introductorio de su novela publicada en el año 1958 por Exclusivas Cisneros, en Madrid. Con prólogo de A. García-Ramos y a lo largo de veinte capítulos y 148 páginas, se suceden relatos que toman como hilo conductor la figura de un sacerdote rural que sueña y muestra la impaciencia propia de un ser joven junto a otras cuestiones e inquietudes que definen cada una de los sucesos que se reflejan. La lectura, construida con sumo cuidado, nos adentra ante la llegada al pueblo de Cascajales de un párroco que, por primera vez, debe hacer frente a una Diócesis. Dudas, nervios e inquietudes se agolpan sobre el sacerdote de apenas veinticinco años. Tras la primera misa, el relato se adentra en una descripción de las características del pueblo, describiendo lugares como «La Sociedad», donde combinaban juegos de mesa y fiestas. A tales espacios el sacerdote llegaría a acceder para acercarse más a sus feligreses, describiendo como en cierta ocasión se jugó con un experto en dominó llamado Nazario, describiendo la hazaña que supuso lograr vencerlo. La escuela también ocupa la atención de otro de sus relatos, describiendo a Estela, la maestra, como una persona muy querida y respetada por los habitantes de Cascajales. La vida fue transcurriendo en el lugar y la sucesión de hechos toman cada vez mayor fuerza. Una charla con el artesano Aurelio despertaría en el sacerdote la posibilidad de formar un grupo musical, respondiendo al interés manifestado por el propio artesano por aprender a tocar la trompeta y el esfuerzo hasta llegar conseguir el sueño del muchacho. Otra de las aportaciones tendría como objeto central la figura de doña Higinia, mujer de profundos conocimientos de la historia de Cascajales, anotando diversas características sobre sus rasgos físicos y particular forma de vida. Recordaría también

las particularidades de su perro, llamado Nóbile. Relata que en uno de sus primeros encuentros observó al perro olfateando el terciopelo rojo de un reclinatorio, armándose de una enorme paciencia para evitar dar un puntapiés al animal por esa acción. El siguiente capítulo trata cuestiones relacionadas con el cura joven y su impaciencia. Las dudas y miedos se suceden por intentar llegar a Cristo con acciones que pudieran ser realmente eficaces. El trabajo no tendría todo el resultado que se podría llegar a esperar. Respecto al bautizo y su significado como sacramento para el cristiano, el sacerdote también incluye algunas referencias, profundizando en la necesidad que desde el sacerdocio se explique al pueblo la trascendencia de tal ceremonia. Otro capítulo también describe los esfuerzos del párroco para tratar de explicar a los feligreses la realidad espiritual de la doctrina del Cuerpo Místico. Para ello, el sacerdote tomaría como ejemplos diversos casos de enfermos en el pueblo con la finalidad de explicar la teología del dolor cristiano. Caso a caso hasta llegar a todos. Hermosas y emotivas palabras recoge en el capítulo «El cura no comía pavo». Allí anota como pasó el joven párroco su Navidad lejos por primera vez del hogar, captando la emoción de abrir el paquete de aguinaldo enviado por su madre. La descripción une la importancia de preparar ese día con la soledad que desde la propia casa llegaría a experimentar el sacerdote, encontrando un gran apoyo en el recuerdo de los obsequios enviados por su madre y las letras que acompañaban al contenido redactadas por su padre. «La niña ciega se llamaba Adelina» forma parte de otro de los capítulos. La niña y su participación por primera vez en el catecismo constituye otro de los aportes en los que el sacerdote tendría que aprender y enseñar atendiendo a las características de la joven. Curioso y síntoma de la España que se refleja en su obra ocupa el capítulo bajo el título «El viento dijo no». Entre las páginas de esa aportación se suceden escenas relacionadas con la celebración de la Semana Santa en Cascajales, la pobreza y humildad de esa celebración con solo la imagen de la Dolorosa para los actos del lunes, martes y miércoles Santo, aunque no duda el narrador en destacar los esfuerzos de los vecinos por adecentar su figura. La fuerza del viento tendría como consecuencia que en el marco de una procesión y, ante el estupor de los allí presentes, cayera la imagen al suelo, sufriendo diversas roturas. El sacerdote la trasladó en sus brazos de nuevo hasta el templo. Las dudas y necesidades de un cura se plantean a través de la aportación que titula «Un sacristán de ocasión». En sus páginas apunta los distintos oficios a desarrollar en la Iglesia y la necesidad de contar siempre con un sacristán para ello. La labor de búsqueda se convertiría en casi una odisea hasta llegar a localizar a una persona para hacer frente a esa

responsabilidad, recibiendo recomendaciones para recurrir al sepulturero. Tendría que instruirlo con los actos a desarrollar y rogar finalmente por el mismo como persona necesaria e imprescindible en la ayuda para organizar y ejecutar los actos religiosos. Una postal con la imagen de un niño sería el elemento utilizado para asociar una serie de recuerdos relacionados con el cumpleaños, ofreciendo esos detalles en el capítulo «Una postal en mi cumpleaños». De forma detectivesca y, estableciendo conclusiones que luego resultaron ser erróneas, procede el capítulo «¿Quién rompió las vinajeras?», sucediéndose las hipótesis respecto a un objeto que fue roto y sobre el que finalmente se lograría resolver el enigma por confesión de la propia persona responsable. De los hechos en torno a los que reflexiona y la labor de un sacerdote se distinguen numerosos detalles en «Como un triángulo isósceles». Una nota de humor se refleja en el momento de la llegada del circo al pueblo, observando el sacerdote la llegada del espectáculo y señalando su participación en el mismo tanto como actor como observador. A modo de confesión y como consecuencia de discrepancias entre la corporación municipal y la iglesia surge el apartado «Aquella broma picante». Una broma que se describe con la colocación de una mezcla realizada con pimienta sobre la lengüeta y boquilla de los instrumentos. De esa forma, expone que si los músicos no podían actuar en la procesión mucho menos lo iban a hacer en el tabladillo o en la plaza, de ahí que surgiera la idea de una broma picante por parte del sacerdote. Dos capítulos cierran la obra. «El gallo no lo sabía» es una de las aportaciones en la que narra la Visita Pastoral del Obispo y el ambiente que ese suceso generó en el pueblo, describiendo los detalles de tal acontecimiento.

Por último, el capítulo «Carta al hermano muerto» es tal vez el reflejo más emotivo y personal del autor, en el que reflexiona sobre el significado de la vida, su condición como seminarista en igualdad con su hermano en el momento de fallecer y la elección de Dios para que él pudiera continuar en el camino. Emotiva carta en la que el propio escritor se une al protagonista que describe en su relato y, finalmente, logra encontrar respuesta a las dudas, miedos e inquietudes que le motivan a redactar tal escrito.

Se trata, pues, de una novela que es el reflejo de la actuación de un cura rural en sus inicios. Con sus problemas e inexperiencia; con sus aciertos y logros. Una obra que es, ante todo, el reflejo de la esperanza e ilusión por actuar de la mejor manera posible en un pueblo que se llegaría a fusionar con el cura y, un cura, que llegaría a formar parte indispensable del pueblo.